

Felipe cae en el garlito

Viéndolo aproximarse, varios patos madrugadores que nadaban alegres en la quebrada manifestaron su enojado estupor con voces raucas y trémulo aleteo tal como hacían aquellos odiosos gansos (hijos de) que en el traspatio de la casa del Ñopo graznaban inevitablemente cada vez que Felipe se escondía a hacer sus cosas con alguna gallina o con la perra.

Se inclinó sobre el agua; calmó su sed; se remojó la cara; respiró a pulmón lleno la pureza del aire; cruzó al margen opuesto, y, al impulsarse para salvar un lodazal, asustó a un chanco que protestó brincagruñendo. Qué buenos chicharrones penso, bien saladitos, calientes y sabrosos como los que brindaron en el entierro de.

—Dalila, ¿qué haces aquí, chiquilla? ¿No escarmientas? Bañándote desnuda en la quebrada a esta hora, ya sé que lo que buscas es tentarme, pero no quiero líos con tu papá. Lo más seguro es que enseguida la emprenda a chicotazos conmigo. Aunque yo no haga nada, siempre me echan la culpa de todo lo maligno que ocurre en la isla. ¿Te vas sin saludarme? La neblina no me deja mirarte. ¿Tienes tras esas matas tu ropa? Bueno, vístete y procura que el Ñopo no se entere. No me sigas tentando, Chirelita.

Con briosa agilidad, apoyándose en las rocas salientes del barranco, Felipe fue ascendiendo loma arriba hasta la casa de quinchá de la Nana situada en lo alto del escabroso precipicio en cuyo fondo rebullían cantarinas las aguas del torrente.

Sobre el rescoldo de un fogón de tres piedras humeaba silenciosa la cafetera.

Felipe entró al bohío dando voces, pero no halló a la anciana. Preocupado, se asomé al borde de la cuesta. Vivir en este sitio es un grave riesgo. Ya te lo he dicho, Nana. Sintió un rumor extraño. Trató de percibir entre la oscura brumosisidad y, en efecto, notó que tras las matas del declive se movía alguien. Al acercarse, vio a Mimila, descalza como siempre, con las piernas desnudas, vestida con su blusita blanca que apenas le cubría lo necesario. Sostenía del ronzal a la burrita que, terca y caprichosa, insistía en recular hacia el barranco con gran peligro de caerse.

—Ten cuidado, Mimila. ¿No quieres que te ayude?

Felipe no olvidaba que la chica tenía que preparar y adornar a la jumenta para la procesión vespertina del Domingo de Ramos en la que el Nazareno hace su entrada en Jerusalén y recordó asimismo que, por ser muda no podría responderle. ¿No lo estaba escuchando? Mirnila lo miró con unos grandes ojos aterrados y, enseguida, de modo inevitable, ella y la bestia cayeron al abismo. Felipe se asomó al precipicio. Sólo vio la neblina y oyó el rumor del agua. Sintió un mareo tan brusco que lo hizo tambalearse y un agudo zumbido en los oídos. Tuvo que hacer esfuerzos para guardar el equilibrio y apoyando la espalda en un peñasco de canto plano se deslizó hasta el suelo. Sentía un sueño profundo y una gran laxitud. De repente vio dos manos crispadas asidas a las piedras salientes y tras ellas el rostro ensangrentado de su nonagenaria bisabuela haciendo esfuerzos por subir al rellano. Obnubilado por su gran somnolencia, Felipe no se sintió con ánimo para ayudarla.

—Nana, ¿qué pasó, te caíste? Debes tener cuidado. Estás sangrando.

Puesta de pie frente a él, la anciana se le quedó mirando.

Felipe, adormilado, se limitó a decirle:

—Vine a buscarte porque pienso que Leila está pariéndose. Me imagino que anoche rompió fuente, como dice Faustina. Esta mañana sentí la sábana húmeda y un cierto olor desagradable como de sangre o de orines pasaditos. Tú que eres buena comadrona, anda a verla y atiéndela en el parto. Sé que ella está asustada ¿No quieres que te estanque la sangre? Bueno, sigue adelante Me avisas cuando nazca la niña.

Con pasos silenciosos, Mamá Durgel se perdió entre la niebla cuesta abajo con rumbo hacia la casa del mirto. Felipe se sentía muy cansado. El

incesante rumor del agua y la suave frescura de la brisa fueron sumiéndolo en honda somnolencia. Le parecía caer en una sima sin fondo.

—¡Pela el ojo, vergajo!

Siente una fuerte bofetada y alguien que insiste en jamaquearlo violentamente.

—De ésta ya no te salvas. Vas a pagar las verdes y las maduras.

Felipe abre los párpados haciendo un gran esfuerzo y nota que está tendido en un camastro (¿dónde estaré?); frente a él mira las barbas y la presencia huraña de Papa Chente, párate, otro sopapo, coño, y a Leila ¿qué le pasa? ¿por qué llora desconsoladamente? Lo sacuden de nuevo, ¿qué hacen allí Cairote y el Ñopo Juan? Anda, levántate, despabilate, negro del carajo, y a los pies de la cama una escopeta que debe estar cargada con perdigones o tal vez con balines de regadera; qué dolor de cabeza; verás cómo se atrapa a los zorros: voy a ponerte el cepo, Chompipe; violaste anoche a Leila y estabas tan borracho que ni te diste cuenta de que hasta destrampaste el cerrojo; forzaste a la muchacha y te quedaste dormido como si nada; pero esta vez caíste en el garlito; ya sabes que me llaman el Juez Tranca; estos amigos servirán de testigos; te casas con mi nieta o no me llamo yo Vicente Barcia si no te lleno la cabeza de plomos con mi escopeta.

De reguilete (para salir del paso a la bartola) ejecutaron la diligencia civil entre sollozos de Leila, groserías del abuelo, palabrotas del Ñopo y risotadas del policía Cairote. Finalmente se fueron y nos dejaron solos. ¿Por qué sigues llorando? Hoy me tocaba la mala leche y basta. Se sentía zurumbático. Se echó sobre el camastro y sin notarlo se durmió nuevamente como un lirón.

IX

Señales de mal agüero

—¡Despabilate, Pipe! ¿Madrugaste o amaneciste en güimba?

Vista en escorzo desde abajo, la tía Faustina parecía más hombruna y asilampada.

—Vaya goma mangaja. Te tengo una sorpresa; pero antes, despercúdete con una taza de café bien cargado.

¿Rumor de aguas? ¿Sollozos? No era el llanto de Leila sino el gemido cariñoso del perro que húmedo hociqueaba junto al oído.

—¡Déjalo estar, Calungo!

Felipe lo apartó de un sopapo.

Sentía el fuego del sol en pleno rostro. Dolor en la cabeza. Mazazos. Se le rajaba el cráneo.

—Qué bueno que llegaste, tía Fausta. Por echarme a esperarte; me entró la mococoa. Vine a decirte que Leila está pariéndose.

—Vas por muy mal camino, Chompipe. Toma, bébelo así caliente y sin azúcar. Te sentará mejor. Veo que te han vuelto las alucinaciones. Anoche hasta bien tarde te oí con tus compinches dándole al trago y canturreando. Ya no te basta el ron y la cerveza; también le entras parejo a la marihuana. Vaya usted a saber qué otros polvitos le echas a la bebida. La pobre Leila debe seguir penando por tu culpa. ¿Dónde la viste? Dime.

—Esta mañana, al despertarme, la sentí fría a mi lado en la casita del mirto. Le vi la panza al aire llena de moscas. Un rayo luminoso las hacía

aglomerarse junto al ombligo. Lo grave es que era de madrugada. ¿Por dónde se filtraba esa luz?

—A esa hora, no había salido el sol. Lo que viste fue el destello del ángel de la Visitación. Seguramente vino a anunciarle a Leila que de su vientre nacería el **ave gratia plena** concebida por obra y gracia del Espfritu Santo y de Felipe el Hermoso. Gajes de la parranda. ¡Qué vaina, Pipe! Te ensartaron como a ese güevastibias de San José. La culpa es tuya, Pipe. Te la pasas drogado y me parece que estás como en las nubes. Leila murió hace meses. La grosereaste perramente cuando te diste cuenta de que te había jugado bajeza. Se desangró después del parto. En la casita del mirto no vive nadie desde el fallecimiento de Leila. Papa Chente cerró la puerta con candado. Lo más probable es que anoche, como estabas jumado, destrampaste el cerrojo y amaneciste al lado de la difunta.

—No sigas jorobándome, tía Fausta. ¿Por qué inventas mentiras? Afortunadamente hallé a mi Nana que se acababa de caer cuesta abajo y aun toda ensangrentada se fue a ayudar a Leila a bien parir.

—Sigues fuera de quicio y turulato. ¿Dónde viste a tu Nana? Murió hace un año, Pipe. La empujaste. Fue el Domingo de Ramos. Desde entonces parece que perdiste la brújula. Fumas la yerba y bebes ron sin saciarte. Dice el doctor Ladera que es porque te persiguen los demonios o tus remordimientos.

—No me rejodas, Fausta. Dalila y Mimila pueden atestiguártelo. Las vi hace poco. La una, metida en la quebrada; la otra, con la burrita.

—¿Lo ves? Estás fotuto.

—Vas a decirme que ellas...

—También murieron, Pipe, por causa tuya. Debes tener cuidado. Son tus víctimas. Te seguirán rondando para vengarse chupándote la sangre. Señal de mal agüero es haberlas visto. Sólo yo sé invocar a los difuntos. Hoy es 15 de marzo. He consultado que es tu fecha nefasta. Mi almanaque de Bristol y mi librito de presagio no mienten. Los astros no te son favorables.

Durante la Semana Mayor nadie promiscua ni adultera. Si has de hacer fechorías, mejor abstente. Deja que pasen los días santos.

—Ni de a vaina, tía Fausta. No. olvides que hoy Domingo de Ramos se casa Cándida.

—Sigues al paio, Pipe. Ya eso pasó hace tiempo. Tiene un hijo.

—Me refiero al matrimonio eclesiástico. ¿Te das cuenta del peligro que corre mi aventura?

—Noto que vas volviendo a tus cabales.

—Cándida es muy devota y santurrona. No olvides que estuvo casi a punto de hacerse monja. Si no me apuro me lleva la chingada.

—Después del rito religioso, puedo apostarte que ella no pecaría contigo. Primero ensillarías a un gallinazo. Sin embargo, no pierdas la esperanza. Ya surgirán factores decisivos a tu favor. Bien sabes que Hipólito no cubre a su potranca según lo manda la Sagrada Escritura. Cándida debe esta como brasa.

—Mientras tanto, mi Jesús padeciendo. Creo que Dios se complace interponiéndose en lo que no le importa.

—Gánale la partida encomendándote al Diablo.

—Tú serás mi Luzbel.

—Qué duda cabe. No queda más remedio que posponer de nuevo las bodas. De eso me encargo yo. Si no actuamos rápidamente y con cautela se irá tu gozo al pozo, pues si Cándida hasta ahora se ha mostrado remisa, lo será mucho más cuando su alianza quede santificada. No es insignificante la faena de oponerse al Santismo. Tú conoces a Cándida. Es honesta, virtuosa y puritana, pero con todo y eso te la tengo blandengue. Tú no ignoras que es ella la que le ha dado largas al asunto con el pretexto de que sea el padre Brito quien oficie en las bodas ya que la intempestiva gravedad del curita las hizo posponer. Los cónyuges, que estaban ya casados por lo civil, decidieron hacer vida en común, exponiéndose al anatema de las tías cuyo entrecejo sigue adusto, exigiendo la ceremonia religiosa, más ahora que el presbítero regresó de España. Para bien de tus culpas, el cáncer que lo corroe es tenaz, pues hace poco tuvo una recaída. Aun así, al parecer, según los díceres, han fijado las nupcias definitivamente para el próximo sábado con cohetes, repiques de campanas y cánticos de Gloria. Si esperas hasta entonces, los ángeles se opondrán a tu hazaña blandiendo sus espadas

flamígeras. De ti depende resolver el dilema. O te echas al peligro o pierdes hacha, calabaza y miel.

—Caigo al ruego, tía Fausta. Total, nadie se muere la víspera sino el día.

—Claro, hijo. Así me gusta. No esperaba otra cosa de ti. Quien no se arriesga, no cruza el mar. Si antes de que se lleve a cabo el rito eclesiástico logras que Cándida saboree tu alfajor, despreocúpate, seguirá goloseándolo **per sécula seculorum**.

—Te parece muy fácil, pero presiento que tiene sus bemoles.

—Las fuerzas de la Iglesia no prevalecerán. Seré tu Hada Madrina.

—Vas a ayudarme entonces, tía Fausta?

—No lo dudes. Precisamente en este instante regresaba de la casa de Hipólito donde he cumplido parte de mi misión. Esta mañana, sin que nadie me viera, me colé en el taller de nuestro hombre y le escondí en el sitio que me indicó la botella con el repente mágico. No es un filtro de amor como él supone para aliviarle la impotencia sino una fuerte pócima que va a hacerlo dormir a pierna suelta. También le he aconsejado que pague manda el Viernes Santo vestido de Jesús Nazareno, caminando descalzo, con corona de espinas y con la cruz auestas. Le pedirá al Señor que le conceda tres dones: elevación, templanza y fortaleza, virtudes sin las cuales jamás podrá cumplir debidamente con sus deberes conyugales. Lo he convencido de que si al mismo tiempo paga la manda y bebe el filtro se curará de su impotencia. Como Cándida se habrá fingido enferma te esperará en la cama. Echa la tranca y acuéstate con ella. Si la preñas, ya buscaré la forma de que aborte para evitar que Hipólito se entere de sus cuernos. El cargará su cruz junto al Santísimo Sepulcro en cuya anda esconderá la botella con el propósito de ir empujándose sus tragos a medida que avanza la procesión. Los cargadores también hacen lo mismo, de manera que a nadie le importará un comino el ver a Hipólito trasegando aguardiente. A media noche, cuando el Sepulcro pase por la casa del Ñopo, ya Hipólito, cansado y sudoroso, se habrá bebido las dos terceras partes del filtro. Aprovechando que el paso se detiene mientras el Coro entona el demorado y tristón **Stabat Mater**, entrará a echarse un trago con el suegro y, de paso, desalojar los líquidos. Ambos, según costumbre, se acostarán en las hamacas del gran balcón de atrás. Chon Candela les servirá aguardiente y la brisa se encargará del resto pues ahí mismo se quedarán dormidos hasta el amanecer.

Entera a Cándida para que esté tranquila. Te aseguro que el Sábado de Gloria no habrá boda, pues Hipólito despertará bien tarde con una goma que ni mandada a hacer y vomitando la bilis. Le preparé un menjurje adecuado a su corpulencia diluyendo somníferos en vino de consagrar con una pizca de ron y diferentes conjuros en dosis suficiente como para dormir a un caballo. No habiendo riesgo alguno de que despierte, podrás gozar con Cándida hasta el alba.

—No te habrás excedido en el tabacazo? Hipólito es mi mejor amigo. Podría morirse, ¿te das cuenta? Ni para qué pensarlo. Lo quiero como a un padre.

—Sin embargo, sé que como buen hijo putativo ni te va ni te viene lo que le ocurra a Hipólito. En cambio, si él te hubiera parido no te amaría con tan fogoso entusiasmo. De todos modos, la alternativa está planteada. Te mueres tú o se muere él. Pierdas o ganes, será lo que el destino resuelva. Total, el muerto al hoyo y al vivo el coño. Con todo y eso, no seas pendejo. Ayúdate que Dios te ayudará. No olvides que al camarón que se duerme se lo lleva la corriente. No debes descuidarte. Un hombre fuerte como Hipólito, resentido, puede ser peligroso. Cualquier mínima falla sería fatal. Imagínate que el sabor del potingue no le agrada o que por otras razones imprevistas no lo beba, puedes correr un riesgo. Para evitar tal contingencia me parece que debo consultar a los difuntos. Necesito aplacarlos. Me acabas de decir que viste a Mamá Durgel y que ella fue a la casa del mirto a ayudar a Leila. Me voy a hacer contacto con ambas. No creo que me demore. Vuelvo enseguida. Espérame. Trata de descansar. Duérmete y sueña.

X

Los muertos son como los vampiros

—Me muero de hambre, Nana. Dame café, tortillas y un buen tasajo.
Frunce ella el ceño, avinagrada, lo cual indica amago de chubasco.

—¿Crees que mi casa es una fonda? —Sigue echándole maíz a las gallinas—. Anoche alborotaste al vecindario. Ya no tienes componte. Te luciste con tu infaltable garulilla de vagos. Se vomitaron, se orinaron y para rubricarla se pedorrearon en el portal del Ñopo. Qué venganza plebeya. No te importa un carajo que Leila esté pariéndose.

—Ni me la mientes, Nana.

—¡Sinvergüenza!

Presiente un soplamoco que él evita de un brinco, dando pábulo a un alocado revuelo de aves. Un gallo deja oír su cocorocó.

—Tienes buena derecha, pero ni fu ni fa.

—No me provoques. Mejor hubiera sido no meterte en camisa de once varas. ¿Para qué te casaste?

—Me atraparon dormido, noqueado por la pea, como a esos peces que el torpedo ataranta.

Ella lo mira comprensiva. Descuelga de un horcón un par de lonjas de carne seca; les zafa los gusanos (lo que no mata, engorda); las remoja a la buena de Dios; les agrega una pizca de pimienta y, acomodándolas sobre la enmohecida parrilla, las pone a asar al rescoldo de las brasas. Luego, le sirve café tinto.

—Para la goma. La carne, la comerás asada. No hay manteca.

Vierte para ella de la aromática infusión y agrega:

—Cuando estabas chiquillo me gustaba llamarte Juan Felipe Mandinga, porque eras de la piel de Barrabás. Sólo sirves para inventar trastadas. ¿No crees en los infiernos ni en las ánimas? Faustina me ha contado que te asustan los muertos. Por lo menos ya es algo.

—Dejemos ese tema para otro día.

—Si no escarmientas, caerás en las calderas de Pedro Botero.

—Será cuando le salga la muela al gallo.

—Viene otra que bien baila —dice Mamá Durgel.

Felipe vuelve el rostro hacia el barranco. Subiendo por la loma se acerca a ellos Concepción Candelaria, pizpireta y alegre, tarareando una cumbia y zarandeándose.

—Adivino el motivo por el cual se derrite de gozo pues llega en son de pascua y aleluya —dice Felipe.

—Siempre que anda de farra le entran la gurrumina y el baile de San Vito. —La anciana baja la cafetera, vira del otro lado la parrilla y atiza los tizones—. Tiene el diablo en él cuerpo y espera entrar al cielo. —La carne, al calentarse, despide un humo apetecible—. No he visto zamba más coqueta.

—¿Qué refunfuñas, vieja? Claro que soy arrecha. ¿No es eso lo que estabas diciendo? Por algo han de llamarme Chon Candela.

Felipe se echa a reír con sorna.

—¿De qué te ríes, Chompipe?

—De que diste en el clavo por chiripa y te apuntaste la mejor carambola.

—No me jodas la pita. Pipe, respétame. Soy tu madre de crianza. Mamá, deja de estar moralizando. Ya se que perra vieja late sentada, pero también es cierto que quien no te conozca que te compre. Ningún cura se acuerda de que fue sacristán. Sí, mamacita. Buen ejemplo nos diste cuando andabas culeca; pero yo no he venido a sulfurarte ni a hacer que pierdas los estribos. Mejor, alégrate, pues hoy es día de fiesta. ¿Verdad, Felipe?

—Claro, tía Chon. Ya oímos el repique de las campanas. Nadie ignora que es Domingo de Ramos. No faltaré a la misa. Siempre se ven muchachas nuevas y hembras apetitosas. No pierdo nunca la ocasión de tentarlas, pues quién quita...

—Que el Diablo te haga una corcovita —arguye Mama Durgel—. No te pases de listo. Tú bien sabes que si ella está de plácemes y no cabe en el pellejo, nadie me quita que es por la mojiganga de las bodas y de eso viene a hablarnos. Me imagino que habrá pebre de sobra y guaro en pila.

—Todos beben naranjada y el pobre naranjo nada. —Felipe se sulfura—. Dime, Tía Chon, ¿Qué pito toco yo en ese bunde? Métete al Ñopo donde mejor te quepa.

—Ni me va ni me viene lo que opines del Ñopo. Anoche me entretenía con él cuando pasaste vociferando y hasta zambacanuta le gritaste. Por lo menos debes mostrarte agradecido. Aun a regañadientes, te recogió en su casa. Eras un niño prácticamente huérfano.

—Claro. Bonita vaina. Lo hizo gracias a ti. Te revolcabas, con él como una perra.

—¡So! ¡Cállate, animal!— La vieja, airada, le proyecta un revés—. ¡Cierra la jeta!

Felipe escurre el bulto con un rápido esguince, que alebresta a las aves. Chon Candela se sienta en una hamaca tendida entre dos árboles de mangos. Trata de serenarse. Al fin responde:

—A mucha gente no le parece bien la vida que hago, pues de criada me he transformado en ama. Murmuran porque, ahora que el gallego está viudo, soy yo quien le calienta las sábanas. Lo hacía desde antes, aun en vida de la difunta Fina. Me importa un jobo lo que digan. Me acuesto y me revuelco con quien me da la gana, sobre todo porque esta vez sí lo hago por razones de estricta conveniencia; pero eso ni te va ni te viene; tú miras esas cosas como quien ve llover. Lo que a ti, Pipe, te rejode es...

—Cambia el disco.

—Déjate ya de resquemores, Chombo. Soy tu madre de crianza y te conozco muy bien. Tienes que hacer de tripas corazón e ir a las bodas. Ese julepe va a ser un cogenalga de los infiernos. Yo sola no me basto. Si ustedes no me dan una mano me come el tigre. Dime, Pipe, ¿puedo contar contigo?

—No me busques una nariz sin huecos. Con la ojeriza que me ha cogido el Ñopo, prefiero mantenerme alejado.

—No sé lo que te pasa, Chompipe. Quien no te conociera podría decir que de repente te has contagiado de culillo. ¿De cuándo a dónde? Tú bien sabes que al Ñopo lo manejo a mi antojo. Me lo echo fácilmente en la faltriquera. Ahora más, porque como se siente solo y abandonado, se ha dado a la bebida. Todo el dinero que tenía lo ha gastado. Sin embargo, no pierde la esperanza de que estas bodas le brinden una buena oportunidad para reconciliarse con su hija Cándida y, de paso, con la indignada parentela. Por eso está que salta y se encabrita. Claro que es muy fácil decirlo, pues eso de borrón y cuenta nueva tiene su intrínquilis; pero él se ha empecinado en que así sea y se encojona conmigo siempre que insisto en convencerlo de que es a mí a quien detestan las tías de Cándida. El parentesco con Hipólito le viene de perillas al Ñopo Juan para poner a flote su descuajaringado negocio de las barcas. Desde anoche comenzó a darle al vidrio con Ceferino Olaya. Nada lo amansa tanto como los tragos.

—No te preocupes —Mamá Durgel distribuye las viandas—. Todos iremos a ayudarte. Y este grosero del carajo cumplirá por las buenas o por las malas, de lo contrario va a saber lo que es bueno para que aprenda a respetarte.

Felipe se reprime. Más le apetece la carne y las tortillas. Se sienta en una piedra y engulle, pero aun atragantándose deja entrever su desagrado con relación al sorpresivo connubio. Presiente algún enjuague de trapos sucios. Bellaquerías del Ñopo Juan en mi contra sólo por el prurito de joderme.

Atraído por el humo incitante de la cecina, un perro hambriento se acerca a husmear. Felipe le suelta una patada que lo hace huir aullando, calungo del carajo.

—No vuelvas a patearlo. ¿No ves que ése es el perro de Faustina?

A Pipe lo tienen sin cuidado los regaños y las admoniciones de la Nana. Desde niño tuvo que soportarle marrumancias con motivo o sin él sobre todo cuando ella amanecía deschavetada. Con frecuencia le entraba a mojicones sin ton ni son. ¿Por qué me pegas, coño? No he hecho nada. Respeta, boquisucio, y ve sabiendo cómo será el rebenque cuando me hagas una de tus diabluras.

Aun a sus años (ya casi había cumplido noventa y cinco) Mamá Durgel solía enfrentarse a las hijas, no obstante ser mayores y madres de familia, bautizándolas con buenos tapabocas cuando alzaban la cresta insolentadas. Respétenme, jodidas. Bueno es culantro, pero no tanto.

Cuando la Nana se obstinaba en pegarle. Felipe la sacaba de quicio, toreándola, por lo que a veces ella se iba de refilón y se daba las grandes costaladas.

—Convéncete, Chompipe, de una vez para siempre de que no eres el centro del universo —Chon Candela saborea con delicia la succulencia de las tortillas y la carne—. Tú piensas que la vida gira nomás en torno tuyo. Te equivocas de plano, negrito lindo. Todos, prietos y blancos, somos hijos de Dios, pero tenemos que ganarnos el pan con el sudor de la frente. Cada uno de nosotros es responsable de su propio destino. Tú escogiste la ociosidad. Eres un vago sin oficio ni beneficio. Te has pasado la vida engañando a no sé cuántas incautas y has rajado más virgos que los que hay en el cielo, porque supones que a puro nabo puedes vengarte de tu pésima suerte. ¿De qué te afliges? Trata de ser sincero contigo mismo. Razona. No has amado a ninguna mujer honestamente, mucho menos a Cándida. Lo que sucede es que tu orgullo se siente resentido, pues ella ha sido la única que ha sabido mantenerte a raya. Querías hacerla tuya simplemente por fregar al gallego en represalia porque te castigó mil veces injusta y malamente. No siempre pude interponerme a la crueldad con que marcó tus espaldas con el zurriago. Por las noches yo te ponía fomentos de árnica y sobijaba con manteca de cacao en tus verdugones. ¿Te sientes resentido? ¿Deseas vengarte? Ya llegará tu turno en el momento oportuno.

Mamá Durgel añade en son pacífico:

—Yamal Sing, mi marido, que era hindú de Bengala, solía decirme: «No te impacientes y siéntate a la puerta de tu casa hasta que veas pasar el cadáver de tu enemigo.» Conque ten calma, Pipe. Con paciencia y saliva se lo puso el elefante a la hormiga. Lo más cuerdo es que te acerques a la olla. Cuando menos lo pienses puede tocarte alguna presa que no esperabas. A lo mejor a Cándida te la sirve en bandeja cierta bruja madrina que yo conozco.

—Por lo pronto ni pienses más en Cándida ni me hagas responsable de sus bodas. —Chon Candela se alza la falda y averigua si es una garrapata lo que la está picando en una pierna—. No tuve vela en ese entierro. Las tres Marías, confabuladas con Hipólito y con el padre Brito fueron quienes

armaron todo el tejemaneje. A mí esas solteronas camanduleras no me tragan por lo que para ellas es el escándalo de mi amancebamiento con el Ñopo. Me las van a pagar. A cada puerco le llega su San Martín. Hoy los honores como señora de la casa los haré yo. ¿Comprendes? Bueno, mamá, convéncelo. Hasta luego. Voy a ver a Faustina.

Ambos la siguen con la vista hasta que ella, trepando loma arriba como las cabras, se pierde en un recodo.

—Chon Candela es el diablo —dice Mamá Durgel.

Saca de su profunda faltriquera una calilla; la frota entre las palmas de ambas manos; coge un tizón; sacude la ceniza en el suelo; le da lumbre al tabaco y se lo pone en la boca con el ascua hacia adentro.

Al verla fumar con tanto agrado, Felipe hurga en su ropa:

—Al cambiarme de prisa, dejé mis cigarrillos.

—Lo siento. Sólo fumo ambalemo.

—No podré ni sonarme. Todo lo olvido.

—Coge uno del alambre. Ayer lavé

Los tendedores se veían atestados de ropa limpia puesta a secar al sol. Felipe echa una ojeada y escoge dos pañuelos por cuyas iniciales sabe que son del Ñopo. Con la mayor frescura los acomoda en sus bolsillos.

Cogí dos. Del gallego.

—Llévate los que quieras. Bueno, a la hora de nona yo siempre hago las cuentas del Gran Capitán. Lo que me intriga es que te veo preocupado. No es por la caranvaina de las bodas. Esa a ti no te importa, pues una más o menos, igual te da. Bien sé, además, que Cándida, desde la muerte de Dalila, no te soporta. En cambio, Hipólito, rubio, bello, alto, inteligente y con muy buenos estudios, es el hombre que las tenía locas a todas. Creo que él te estima. Se portó bien contigo. Trabajando con él has aprendido un oficio. Ojalá eso te sirva y sientes cabeza, lo cual sería un milagro; pero hay algo que no me sé explicar. Algo me ocultas. Te veo muy reservado. Por lo común lo que te agrada es propalar a los cuatro vientos tus chicleos para que tus amigos te envidien. Si Cándida se te hubiera entregado ya lo sabrían hasta los perros, lo cual indica que aún esperas paciente y no te veo disgustado. Lo de las bodas de ella con Hipólito más bien parece que te

agrada. Casi empiezo a pensar que ellas te ofrecen incentivos perversos. Lo que estás esperando es que se case para alcanzar un doble triunfo, pues además del goce de poseerla, te vengarás del Ñopo y aun sentirás el agradable prurito de ponerle las cuernos a tu mejor amigo. Sin embargo, te noto distraído, preocupado, asediado. ¿Qué es lo que te acoquina?

—Me han vuelto a molestar las pesadillas. Caigo de nuevo en trances catalépticos. Tengo un terrible miedo de morirme, no por miedo al infierno sino porque me espanta que por simple descuido me entierren vivo.

—Desde pequeño siempre sufrías de esos ataques. A veces, bien entrada la mañana, segufas dormido. Como nunca te agradó ir a la escuela, yo pensaba que te hacías el bellaco por vagabundería, pero a veces, aunque ya el sol te diera en plena cara segufas dormido. ¡Despierta, sinvergüenza!, te dije un día furiosa dándote un buen sopapo en cierta parte. Lanzaste un alarido que me erizó los pelos. Me explicaste que hacías esfuerzos por salir del letargo y gritabas pero te dabas cuenta de que era inútil porque nadie te oía. Tú, en cambio, sí escuchabas lo que Faustina y yo decíamos. Ella andaba buscando hojas de sábila y mastranto para no sé qué enjuague. Chon Candela te hizo ver de don Plácido. A él le agradaba beber mi chicha fuerte. Cuando esa noche vino a casa, le pregunté: ¿Qué opina de esas marihuanadas de Chompipe? Me dijo: Nada serio, comadre. La pubertad. Desgaste. Dele Emulsión de Scott o Fosfatina. Pipe es precoz. Tal vez abusa y despilfarra su savia. Si no es ése el motivo de su debilidad, su anemia pueden causársela los chinches o los murciélagos. Hay muchos en la iglesia. Son los llamados vampiros hematófagos. Se lo he dicho al Alcalde. Son peligrosos. Se meten en las casas por las noches. Debido al gran calor que hace a veces la gente deja las ventanas abiertas y esos horrendos bichos se aprovechan pues se nutren de sangre. Prefieren a los jóvenes por lo del glánde hinchado. Se dan el buen hartazgo. Si no son ellos los que se están chupando la energía de Felipe, quizás se trate de algo mucho más grave. Puede ser un difunto, dijo Faustina, los muertos son como los vampiros. Se alimentan de sangre. No creo en fantasmas, dijo Plácido. Faustina prometió hacer ensalmos el Viernes Santo a media noche. Plácido se echó a reír incrédulo. Diagnosticó no sé qué cosa y me dijo que tuviera cuidado con tus ataques pues la muerte no avisa. Luego, estuvo chanceándose y me dijo: ¡Qué buena está tu chicha! Así, en totuma, me agrada mucho más. Sírreme otra. Es la última. Mañana debo viajar a la ciudad. Y dices, Pipe, que han vuelto a molestarte esos ataques. ¿Temes que te sepulten vivo? Sólo de imaginármelo se me eriza la piel. Con todo